

1.

Nunca fallaba. Cada día, a las nueve en punto de la mañana, Demócles estaría sentado en el “Arsène Lupin”. Estaría ojeando distraído un artículo de cualquier periódico abandonado del bar mientras el sabor tostado de su café le inundaba. Aunque en realidad no le estaría prestando atención a su lectura. Por el rabillo del ojo, vigilaba con una atención enfermiza la puerta del local. Solo apartaba la vista para revisar con nerviosismo la hora.

Cuando menos se lo esperara, la puerta del “Arsène Lupin” emitiría un chirrido melodioso. El corazón de Demócles se detendría en seco durante diez segundos completos. Desde luego, ella era la princesa de sus sueños.

Era un diamante rosado de colores tan vivos que casi parecía un rubí. Como si una llama hubiera sido enjaulada en su intrincada estructura cristalina obligada a brillar hasta el final de los tiempos. Demócles tuvo que esconder su cara en el periódico. No podía parar de sonreír.

La joya adornaba el cuello desnudo de una elegante joven de pelo dorado. Se sentó dos mesas más alejadas a la de él. Al verle, le saludó:

—Buenos días, señor Demócles.

—Buenos días —respondió distraído—. Por más que lo intentara no podía acordarse. ¿Cuál era el nombre de la dueña del diamante?

2.

Al principio se sentía incómoda. ¿Por qué ese degenerado la devoraba de aquella manera? Quiso llamar a la policía para que ese perverso la dejara en paz. Pero había algo extrañamente adictivo en todo aquello. Eris no podía dejar de ir al “Arsène Lupin”. Cada vez que estaba ante aquellas dos gemas del infinito, aquellos dos ojos profundos que la ahogaban, se le ponía la carne de gallina. Quería volver. No quería ir a trabajar ni salir con sus amigas. No quería comer ni dormir. Lo único que deseaba era ser observada por aquellos dos pozos sin fondo.

Demócles estaba temblando. La dueña del diamante le invitó a subir a su casa. Quiso decirle que no, realmente quiso decirle que no. Pero le aterraba no volver a ver la joya. Antes de que se hubiera dado cuenta ya estaba saboreando un café hecho por ella.

—Parece mentira que el “Arsène Lupin” haya cerrado, ¿no cree? Llevamos coincidiendo en el mismo lugar desde hace ya dos años. ¡Cómo pasa el tiempo! Los pies de Demócles traqueteaban contra el suelo. Estaba nervioso. ¿Por qué tenía que fingir un interés inexistente por esa conversación? Y si iba a hablar con él, ¿por qué no llevaba puesto el diamante?

—Al verle delante de la puerta del bar, me hubiera sabido mal no haberle invitado a subir a tomar algo. Como has visto vivo al lado...

—Perdón que le cambie de tema, pero no he podido evitar fijarme que no lleva puesto aquel hermoso colgante que la acostumbra acompañar.

—¿Se había fijado? Es hermoso, ¿verdad? —dijo Eris, forzando una sonrisa—. Espere un momento. Lo voy a buscar. Lo tengo guardado en el tocador de mi habitación. No llegó a pasar un minuto y ya volvía cargada con una hermosa caja de madera. Tallados en ella, espinosos tallos de rosa se retorcían en ángulos aberrantes dotando de cierto aspecto barroco a la figura. Una cerradura de un reluciente amarillo resguardaba su contenido del exterior.

Eris situó la caja delante de Demócles. Se dirigió a un jarrón de la habitación y extrajo una llave de su interior. Abrió la caja.

—¿No te parece una joya preciosa? La heredé de mi bisabuela. Tan solo hay tres en el mundo como esta.

El mal humor de Demócles se desvaneció. Apoyada sobre terciopelo negro, el diamante rosado ardía con la misma fuerza de antes.

—Ciertamente lo es —apenas pudo decir.

4. Sin entender exactamente cómo, reuniones como las de aquel día se volvieron cada vez más comunes. ¡Qué indescifrables eran los designios del destino! No importaba dónde iba, Demócles se acabaría encontrando con Eris y esta de alguna manera se las arreglaría para que subiera a su casa. Gradualmente se fue acostumbrando. Eris se volvió un engranaje más de su día a día.

Sin embargo, hubo un cambio en su rutina.

—¡Ah! Me acabo de acordar. Me he olvidado dejar un paquete en el buzón. ¿Sería molestia que me esperaras unos minutos? Es algo realmente importante para mí —dijo Eris una vez Demócles se había acomodado en su usual asiento del comedor—. No le dio tiempo a procesar lo que la chica había dicho, fue parpadear y ya había salido de su apartamento. Demócles estaba solo. Al fondo de la habitación había un jarrón. Un jarrón de porcelana fina decorado con un delicado estampado floral. El jarrón que contenía la llave que le separaba a él del diamante. Tragó saliva. “La tengo guardada en el tocador de mi habitación” —eso fue lo que dijo Eris—. Por más que lo intentara no supo contener sus impulsos más primigenios.

No le fue difícil encontrarlo. El tocador era una vetusta pieza de mobiliario artesanal situada enfrente de la cama donde dormía Eris. Todo iba a juego con el diseño de la caja del colgante. Rosas cubrían de un velo de misterio aquel lugar.

La caja no estaba muy escondida, se encontraba en el primer cajón del tocador.

Su corazón le latía a cien y su boca se le hacía agua.

Puso la llave en el agujero de la cerradura y abrió el cofre.

5.

Al pasar cinco minutos exactos, Eris abrió la puerta.

—¡Ya he llegado! —exclamó con alegría.

Sin embargo, no hubo una respuesta. Demócles estaba sentado donde lo había dejado. Siendo un fuerte y apuesto hombre, Eris no pudo evitar sorprenderse ante su transformación: su tono de piel, era pálido y enfermizo; su postura, encorvada; su ropa, arrugada; y sus ojos, enrojecidos. Eris había visto víctimas de accidentes de tráfico en mejor estado que él.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Por qué no debería estarlo? —respondió un Demócles alterado—. No era un buen mentiroso y Eris era demasiado perceptiva como para no darse cuenta de que algo le sucedía. La dama se sentó a su lado y le miró a los ojos.

—No voy a forzar una respuesta de ti. Pero si te encuentras mal yo estoy dispuesta a ayudarte. Tienes mi casa a tu disposición. Es más, ¿por qué no te quedas a comer? Igualmente acostumbro a hacer demasiada comida.

Nada de eso le importaba a Demócles. Una parte de él quería huir, irse de aquel maldito lugar y no volver nunca jamás. Pero la otra..., la otra quería averiguar por qué aquella caja estaba vacía.

—Va-vale —dijo inseguro.

6.

Eris se quedó contemplando la puerta por la que Demócles se había ido. Estaba de muy buen humor. Estar con él era muy entretenido.

Se dirigió a su cocina y abrió el cajón donde guardaba los cubiertos. Ahí estaba el diamante rosa. Lo sujetó a la altura de su cabeza. Vio como la luz de la habitación se refractaba en la joya. Verdaderamente era bella. Eris se sintió un poco decepcionada. Demócles no consiguió notar su pequeña triquiñuela. Él siempre solo tuvo una cosa en su cabeza. Sin embargo, eso no le importaba a ella. Aceptaría los defectos de su adorado con gusto.

Fue a su habitación, abrió la caja de la joya y la depositó en su sitio. Se quedó otro rato observándola con la tapa abierta.

Lo bueno de todo esto era que Demócles volvería. Definitivamente volvería. Así era él. Y ella escondería el diamante una y otra vez. Algunas veces se lo pondría para asegurarse de que no se olvidara de su belleza. Y eventualmente..., eventualmente se percataría de su amor. Cerró la caja del diamante rosado.